

...PAF! Y el capitán le dice te voy a matar malandrín voy a, cogerte la cabeza y te la estrujaré no te tengo miedo, pero sí que le tienes miedo, el Ogro Santos va a venir y nos va a comer a todos y, jolines ten un puñetazo, pero no puedes contra mí ja ja ja el Ogro Santos tiene el tesoro y no nos dejará, cogelo pero ¡cuidado con la trampa! ¡ay! ¡toma! ¡pug pug pug! Piñao piñao! ¡Te he comido el brazo entero por qué venís aquí a molestarme?... yo os mataré a todos porque no cojáis mi tesoro...

Tete despierta ante un súbito zarandeo mecánico y levanta la cabeza. El padre mira por la ventanilla del pasillo mientras fuma. Tete se pregunta si el padre está mirando el paisaje o más bien repasa su reflejo de cristal. Al entrar en un túnel, la imperturbabilidad de su padre le hace decantarse por la opción más inquietante, aunque no lo piensa consciente-

mente. De golpe, cae en la cuenta de que la cantinela de su hermano es realmente molesta.

Eso no viene en el cuento.

Sí que viene.

No, no viene. Yo sé leer y no pone eso. Mamá, ¿verdad que no pone eso en el cuento?

Deja que tu hermano lo lea como quiera. Si él ve eso, es que será lo que pone.

Pero mamá, no es verdad. No puede poner eso. Este tebeo no es de ese personaje, y él siempre habla de ese personaje.

La madre no le hace más caso, el asunto pertenece a los que se zanja con una frase, es decir, o los muy pueriles o los que no admiten discusión. Continúa tejiendo, acostumbrada a las disputas tontas de sus dos hijos. Tete también está acostumbrado a los silencios de su mamá, así que no insiste y mira por la ventanilla del vagón. Ahora han salido del túnel otra vez, y vuelve a enrielar los ojos vagos en los cables del teléfono, que suben y bajan peinados por los postes, persiguiendo el tren de manera obcecada pero inútil, porque ya están por delante. A Tete le gusta observar el ritmo pautado con que los postes aparecen por el margen derecho de su vista, a contrapelo del punteo regurgitado de las ruedas del tren. De vez en cuando imagina un niño de su edad pero salvaje, corriendo a su lado en el exterior, salvando veloz todos los obstáculos, lomas y pendientes que se preci-

pitan por el lateral de la vía, tan ágil que siempre está a su altura pese a la velocidad de la locomotora. El niño lleva una enorme y pesada espada con la que tala los postes según van apareciendo, con un solo golpe cada vez, una vez hacia un lado, otro hacia otro, y así ningún poste le obstruye el paso. Pero en ocasiones, la aceleración del tren es tal que al niño le cuesta mantener el ritmo de los espadazos, por lo que en contados momentos pierde comba e *incluso* terreno, rezagándose en el espacio imaginario de los ojos de Tete, quien se ve obligado a hacerle saltar grandes saltos para resolver el margen de atraso, o *incluso* a hacerle desaparecer y aparecer donde más le conviene, rompiendo la lógica de su imaginación y haciéndose trampa a sí mismo, hasta que con una o dos de sus fantásticas zancadas el niño vuelve a recuperar el compás y la altura de antes, y vuelta a empezar. Ahora, el niño no desaparece aunque Tete así lo quiera, por eso se gira otra vez hacia su hermano, para no seguir viendo al niño salvaje que hace burla de él.

...Soy el Ogro Santos y me gusta comer carne humana pero, nosotros no hemos hecho nada malo sólo queremos, un poco de tu oro y tus joyas y tus cromos y, no podéis llevaros nada granuja porque es mío ¡vais a morir! ¡no, es mío!

¡Dame, eso no es lo que pone! ¡Deja de inventarte cosas! ¡En esos bocadillos no pone eso, mentiroso!

¡Nooooo, jolines!

Nanín se queja y ahora le toca el turno a él de hacerle ojitos a su madre en busca de apoyo al más indefenso. Pero la mamá se hace la desentendida a su desatención. Como no le queda otro remedio que valerse por sí mismo, intenta recuperar el cómic que su hermano le ha arrebatado, pero éste lo sostiene muy alto sobre su cabeza, demasiado para lo enano que es Nanín. Tras tres o cuatro fintas burlonas por parte de Tete, Nanín decide cortar por lo sano y mostrar directamente su ira, lanzando sus uñas diminutas y filosas contra el moflete del otro.

¡Ah! ¡Me has hecho daño! ¡Mamá, mira, me ha hecho daño!

¡Tete! ¡Deja de meterte con tu hermano! ¿No ves que es más pequeño que tú?

Es injusto, piensa Tete. Es totalmente injusto que sólo porque él tenga ya casi ocho años y su hermano sólo casi cuatro tenga que pagar él siempre el pato de todo. Así que amparándose en esa injusticia y ratificada la insensibilidad de su madre, Tete también opta por tomarse la ira por su mano, que cae directa y rabiuda sobre la pancita del pobre Nanín. No bien éste comienza a berrear de llanto, Tete vuelve a mirar por la ventanilla, buscando endeble coartada demasiado tarde para su acto revanchista. El niño ya no salta el relieve del paisaje raudo, debe de haberse quedado atrás, fatigado.

Como sigue sin apartar los ojos de la ventanilla y su madre no ha dicho nada, Tete no percibe el armisticio de las agujas ni se espera la bofetada, que llega altisonante y sin avisar, y a buen seguro le deja una marca en la cara como la de sus dedos ahora vacíos de cómic, al apretar involuntariamente el escay rojo del asiento, por el susto.

¡PLAS! suena el hostión.

Así aprenderás.

¡Así aprenderás, malo!

Tete se ruboriza mientras nota los ojos inundarse de lágrimas, pero no llora, al menos él no hace ningún esfuerzo por llorar. Pero las lágrimas se le caen solas, lo nota al girarse de cara al pasillo, para ver si su padre se porta bien e intercede por él. Las lágrimas se derraman por sus carrillos desiguales, haciendo que el izquierdo le escueza, pero su padre sigue mirando indiferente el reflejo ansioso y fiel. Tete vuelve a estar solo en esto.

Su llanto continúa silente, mientras Nanín sigue berreando con los ojos secos. Da la impresión de que su hermanito le añade fondo sonoro a su sollozo. Nanín pone el berrido, él, el efecto acuoso. Como un dúo perfecto, compenetrado, de desdichados pigmeos que hacen de su desgracia incierta espectáculo circense.

Para dar a entender que no le importa llorar o que en realidad no está llorando porque él no quie-

re llorar y no llora a cada minuto como su hermanito cuando quiere obtener algo, Tete se sumerge en la lectura de su tebeo, las aventuras de Puk el Hombre de Piedra. La cara de Puk se moja al compartir una lágrima desprendida, y su cristalina y firme expresión de sabiduría se emborrona y dubitatiza. Tete sí sabe leer, y para demostrárselo a su madre lee en voz alta los elocuentes textos de cada globo.

Tete, no empieces tú también. Ya tengo bastante con uno.

Tete mira a su madre, le dan ganas de llorar más, ahora sí, porque ella no interrumpe su tejemanaje ni demuestra compasión alguna.

Aquí no sale ningún Ogro Santos. Si lo leyera él, seguro que salía el Ogro Santos...

Deja que tu hermano se divierta como quiera. Pero tú ya eres bastante mayorcito para leer sin hablar.

Tete enmudece. No piensa decir nada más, ya ha comprobado que hoy todos están en su contra, menos su padre, que no está ni en su contra ni a su favor. Una última sarta de lágrimas se despeña, inatenta a razones, contra el cómic. Tete seca su húmedo curso con la manga, hartado de su arsenal de inefectivos accesorios que no renuncian a actuar a destiempo. Nanín sí que sabe. Y ahora él está por otra labor, como su madre.

Es aburrido leer así. Hay muchos puñetazos y golpetazos en la historia, pero como el tebeo no tie-

ne colores se han olvidado también de poner la sangre. Tete busca en su caja de rotuladores que está en la cartera, saca el rojo y empieza a pintar las heridas en cada personaje. A veces se inventa un moratón donde no lo hay, o hace que Puk escupa escarlata cuando habla enfurecido. Las mazas de los malos siempre están teñidas, porque matan mucho y sin razón.

Entonces el tren se detiene.

Su padre se vuelve por primera vez en media hora. Tal vez se ha cansado de sí mismo.

— ¿Qué debe ser eso?

— ¿Una avería? No estamos en ningún sitio.

A Tete le parece extraño lo que ha dicho su madre y le corregiría, porque sí están en un sitio, pero se calla, no vaya a caer otra torta. Se asoma a la ventanilla apoyando la frente en ella mientras pasea una burbuja de aire por encima y debajo de los dientes, de un lado a otro de la encía, abriendo una zanja dentro del labio superior, una zanja que no dura nada, no sabe por qué.

Frente a él se despliega una llanura amarilla, con algunos arbustos. No hay ninguna estación. Todo se ha quedado quieto, también los postes y los cables, desconcertados como él por tan súbita inmovilidad.

— ¿Por qué se ha parado el tren?

Tete se gira al pasillo, le ha gustado la voz impertinente. Una niña de su edad o un poco mayor pasa

al lado de una cadera, se vuelve hacia él, se miran. Es rubia y tiene la nariz hacia arriba, como si oliera las nubes. Lleva la boca abierta, aunque no diga nada. Enseña dos paletas muy grandes, separadas y amarillas. Viste unos pantalones tejanos gastados y una deshilachada camiseta arremangada, pero parece no apercibirse. Sus gafas agrandan sus ojos como huevos fritos de yema azul. La niña es fea. La niña es fea, sobre todo desde que le ha sacado la lengua. La niña se va detrás de la cadera. La niña era fea, más aún desde que Nanín vio que le había sacado la lengua. Nanín ríe y emula.

¿Por qué se ha parado el tren, mamá?

No lo sé.

Pasan los minutos. El padre suspira, se sienta junto a la madre y se duerme. Al roncar, huele a tabaco negro. El tren continúa inerte. Nanín comienza a sentirse nervioso y las preguntas a su madre son cada vez más urgentes y atemorizadas.

¿Por qué se ha parado el tren, mamááá? Dímelo...

Ante el temor de que su hijo pequeño recaiga en su berrinche, que una vez prorrumpido es insensible a disuasión alguna, la madre hace un esfuerzo mental hasta encontrar una solución satisfactoria.

El tren se ha parado porque ya no tiene impulso. Tenemos que darle un empujón para que vuelva a ponerse en marcha. Mira, ya verás: ¿quieres darle tú impulso? Pues empuja aquí...

Suerte, porque Nanín ya comenzaba a hacer pucheros. Su madre le enseña cómo tiene que empujar: contra el respaldo de uno de los asientos. Si empuja mucho, el tren se pondrá en marcha, pero si no lo hace, no tiene que preocuparse: el tren acumula el esfuerzo de Nanín y tarde o temprano se empezará a mover.

Nanín apoya resuelto sus pies sobre el piso del vagón y las palmas de sus manos contra el duro respaldo rojo. Jadeando, hace fuerza e inclina el cuerpo, presionando con las manos. Al cabo de dos minutos ya está por desistir, acariciando la idea de que el tren tendrá suficiente de su energía acumulada para decidirse pronto, cuando de repente el paisaje empieza a deslizarse de lado.

¡Mira, mira, está arrancando! Empuja más fuerte...

Acicateado por los resultados, Nanín sigue empujando, andando sobre el suelo para que sus pies no resbalen ni retrocedan. Respondiendo a su fuerza, el tren va ganando impulso y velocidad.

Ya está, ya es suficiente. Mira, el tren ya vuelve a correr. Lo has puesto tú en marcha...

Nanín salta de alegría.

¡Sí! ¡Mira, Tete, mira! He puesto yo el tren en marcha...

¡No es verdad, idiota, no es verdad!

Nanín abre mucho los ojos y comienza a berrear de nuevo. Tete vuelve a enfrascarse en los brincos

calculados de los cables de teléfono, evitando intencionadamente mirar a su madre para no reconocer la mirada que con toda seguridad le está dirigiendo en estos mismos momentos. Mientras, los ronquidos de su padre arrecian y compiten con los del propio tren. Tete se pregunta por qué a él le cuentan las cosas reales y a su hermano no.

¿Luego se pregunta si su padre será capaz de soñar con el Ogro Santos...?